ULTIMA CENA

(Mat., XXVI, 26-28.)

YA no me queda nada que deciros.
Me hice palabra; todo os lo he contado,
pero sé que lo olvidaríais pronto,
pues las palabras son hijas del tiempo.

Sé cómo sois: no voy a reprocharos.
Por eso estoy aquí, por eso vine.
Sé que os dormís al borde de la muerte
o al borde de la vida, como el niño
que cae, con la cuchara de camino
desde el plato a la boca, ebrio de sueño;
que deja de importaros todo, gloria,
infierno, y esperanzas más queridas,
cuando os sentáis, cansados, a pedir
una sombra, un bocado, un sorbo de agua.

Sé que os amáis en la tiniebla, haciendo
los hijos sin saberlo, y ellos crecen
igual que cieguecitos, tanteando
al andar vuestras manos silenciosas.
Y sé que el traqueteo de los días,
como ruido de ruedas, os aturde,
y se os apaga la memoria, floja,
y que os quedáis pegados a la vida
como el lagarto a la pared caliente,
y no tenéis más mundo que el que os entra
por el cuerpo, como un agua bien densa
de tocar, de comer y de dolores.

Os miraba cenar. Eso era cierto,
vuestro ruido de bocas, vuestra sed,

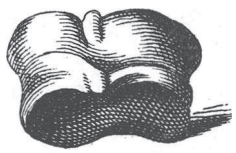
vuestro tomar en serio, respetuosos
con cada miga, lo de vuestros platos.
Del andar por los secos olivares
detrás de mi palabra, esto os quedaba:
una vaga doctrina, en la fatiga,
y un hambre polvorienta y verdadera.

Hijos míos: lo sé. No me da miedo.
Os seguiré hasta el fin; me quedaré
en el último cuarto de la casa,
detrás de los dormidos, en lo oscuro,
en lo viscoso y en lo repugnante,
mezclado en la raíz de lo que sube
a animaros a andar todos los días,
y hasta, en los buenos ratos, a alegraros.

Allá voy de cabeza para siempre,
a acompañaros en olvido y tacto.
Me comeréis y beberéis. Me haré
vosotros: no podréis echarme fuera
por mucho que pequéis: seré los huesos,
la química más dulce que os calienta,
el peso que arrastráis por los caminos,
lo que quemáis viviendo, vuestro gasto.

Comed mi pan: se ha vuelto ya mi carne.
Bebed mi vino: se ha vuelto mi sangre.

(Del libro en preparación VOCES Y ACOMPAÑAMIENTO PARA SAN MATEO.)



JOSÉ MARÍA VALVERDE